

Dacia Maraini

Querido Pier Paolo

Traducción del italiano de Helena Lozano Miralles



DACIA MARAINI

Querido Pier Paolo

Traducción de
Helena Lozano Miralles

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Caro Pier Paolo*
Traducción del italiano: Helena Lozano Miralles

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2022

© Neri Pozza Editore, Vicenza, 2022
Publicado según acuerdo con Neri Pozza en colaboración con su agente
MalaTesta Lit. Ag. y su co-agente The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción: Helena Lozano, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 8408-2022
ISBN: 978-84-19075-64-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Querido Pier Paolo:

esta noche he soñado contigo. Tenías tu sonrisa dulce de siempre y me decías:

–¡Estoy aquí! –Entonces te quitabas una especie de chaleco color malva y añadías–: Hace calor.

Iba a abrazarte, feliz de volver a verte, pero has desaparecido. En el suelo ha quedado tu chaleco color magenta. He ido a recogerlo, pero también él había desaparecido. En su lugar he visto una salamanquesa asustada que corría hacia la pared.

Es tan extraño que después de todos estos años, en el sueño, siga encontrando la manera de recordarte y de verte. Sigues siendo el joven de cincuenta años que frecuenté en los años sesenta y setenta: cuerpo ágil, deportivo; cara seria, no adusta, sino pensativa; mirada soñadora; paso decidido y siempre a punto de echar a correr.

También esta noche estabas de pie, listo para salir disparado, y tenías una mirada dócil, interrogante. La mirada que me resultaba familiar y que yo amaba. Es curioso cómo las amistades, a veces, germinan con las miradas. Cuántas cosas contienen esas dos pupilas dispuestas a engullir el tiempo. Y es que ahora vives solo en mis ojos internos y te mueves dentro del extraordinario espacio que la mirada de los ojos cerrados abarca.

Muchas veces te esfumabas mientras estabas vivo, cuando caminábamos juntos, o mientras comíamos en un figón africano. Tenías esa capacidad de zafarte de la compañía, sobre todo cuando era demasiado numerosa.

–¿Dónde está Pier Paolo? Si estaba aquí hace un momento.

Entonces nos poníamos a buscarte. Y de repente, al cabo de unos minutos, aparecías, contento aunque cansado, y volvías a comiscar distraídamente en tu plato, o a beber esa leche que te habían recetado después de la crisis de úlcera, en lugar del vino.

Cuántos vasos de leche te he visto beberte a sorbitos. No sé si te gustaba la leche. Hacías un pequeño gesto cuando apoyabas el vaso y a menudo se te quedaban dos bigotitos blancos en la comisura de los labios. Te habían prohibido las salsas, los fritos, las especias, las bebidas alcohólicas y tú te avenías con una paciencia que en otros campos no tenías.

Tu madre, con esmero, te cocinaba el pescado hervido, la carne a la plancha, las verduras al vapor. Y si estaba cansada, lo hacía Graziella, la generosa y guardadora joven prima que preparaba con amor las comidas apropiadas para tu estómago recalcitrante.

Cuando pusimos casa juntos en Sabaudia, solía ser yo la que cocinaba para nuestras cenas. Venías a nuestra casa de buena gana, recorriendo la larga terraza que teníamos en común. Alberto elegía el pescado a primera hora de la tarde, tras una mañana de escritura, y yo lo echaba a la cazuela. Intentaba que te resultara un poco sabroso, con comino, con limón exprimido, pero tú no te quejabas nunca. A mí me gustaba cocinar y a ti, sentarte a la mesa con nosotros.

Hablabas poco, siempre has sido de pocas palabras, pero tus silencios no eran esquivos, eran una manera toda tuya de concentrarte en un pensamiento común que se expresaba en una afectuosidad compartida. Para compensar, te gustaba que Alberto hablara también por ti. Te gustaba escucharlo cuando contaba sus peripecias literarias o de vida. Alberto era un extraordinario narrador de historias y estábamos todos pendientes de sus labios cuando embocaba la senda de los bosques narrativos.

En un determinado momento de la velada, desaparecías. Pero cuando no estábamos de viaje, no nos preocupábamos. Sabíamos que arrancabas tu veloz automóvil e ibas en busca de ese chiquillo que fuiste y que te rehuía desde siempre.

Querido Pier Paolo:

a menudo me preguntan cómo y dónde te vi por primera vez. Pero me cuesta recordarlo. Me juego lo que quieras que no sabrías decirlo tampoco tú. Muchos no se dan cuenta de que, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, no era necesario quedar entre intelectuales y artistas para estar un poco juntos: nos veíamos en Rosati, en la Piazza del Popolo, o en el restaurante La campana, o en Gigetto, en el Portico d'Ottavia, en fin, en alguna *trattoria* barata, por pura alegría de verse y contarse.

No recuerdo un día concreto en el que alguien me plantara ante ti diciendo: mira, esta es la jovencita Maraini, la hija de Fosco, el famoso etnólogo, la chiquilla enamorada de los libros y de los escritores, que te quiere conocer. No funcionaba así. Quienquiera que tuviera ganas, iba hacia las doce de la mañana o hacia las siete de la tarde al bar popular de la Piazza del Popolo y allí podía encontrar a Federico Fellini, a Alberto Moravia, a Alfonso Gatto, a Elsa Morante, a Cesare Garboli, a Natalia Ginzburg, a Bernardo Bertolucci y también, naturalmente, a ti, requeteguapo, aunque pequeño de estatura y siempre silencioso y severo en esa mirada dulce y desesperada que dirigías al mundo. Nos veíamos por el puro placer de estar juntos y hablarnos, sin objeto alguno.

Hoy, como sabes y como previste cual profeta sutil que eres, nos vemos solo con una finalidad: un congreso, un *meeting*, como se dice ahora o, si no, en las ferias del libro o, aún peor, en la televisión. Siempre, de todas maneras, con una finalidad pública o social mientras que entonces quedábamos sin ningún

programa preestablecido, por el alborozo de verse e intercambiar ideas. Es distinto, ¿verdad?

Tú mismo, en las poesías y en los *Escritos corsarios*, contaste muchas veces los encuentros con tus amigos, pero también con los enemigos, en las *trattorias* romanas donde se creaban alianzas, se reconocían afinidades, se combatían ideas distintas pero, sobre todo, se fortalecían solidaridades entre personas que se consideraban artesanos y se esforzaban por sobrevivir en un mundo mercantilizado y nivelado, personas que chocaban cotidianamente con la censura.

Bien lo sabes tú, que te pusieron más de ochenta denuncias. Todas ellas violentas, injustas, persecutorias. Acusado de obscenidades, de ofensa a la religión, de perversión, de corrupción de menores. A mí también me pusieron varias, por obscenidades, por ofensa a la religión, una vez por haber dicho que Bagheria era una ciudad mafiosa. Salimos absueltos siempre, pero cuántos engorros y cuántos gastos de abogados, de papeles, o causados por las suspensiones que se sucedían una y otra vez. ¿Te acuerdas de aquella vez que salimos los dos en la portada de *Il Borghese* con el titular en mayúsculas de «Escritores Pornógrafos»? A esas alturas ya no era censura de Estado sino de todo un país, o por lo menos de esa parte, la más hipócrita y agresiva, que la tenía tomada contigo y con tu maravilloso arte de la provocación.

Me viene a la cabeza otra ocasión en la que te atacaron brutalmente. Era el año 68 y estábamos en Zafferana Etnea, como jurado del premio Zafferana –organizado por Vanni Roncisvalle–, Leonardo Sciascia, Vincenzo Consolo, Alberto, tú y yo, ¿te acuerdas? Uno de los premiados, aquel año, era Ezra Pound. Un gran poeta, aunque comprometido con el nazismo, cuya teoría de las razas había cantado aciagamente. Luego se arrepintió y como castigo se condenó al silencio.

Te acordarás de que no hablaba y cuando quería hacer saber algo se dirigía a su mujer (o era su compañera, no recuerdo), que amablemente expresaba con palabras lo que él pensaba. Había un maravilloso entendimiento entre él y ella, pero también había algo afectado y teatral en esa división de los papeles.

A Pound lo premiamos por sus poesías que, aparte de las delirantes vinculadas al período nazi, son bellísimas. Él vino a recoger el premio, pero no quiso ni comentar ni dar las gracias. Habló en su lugar, con gracia y elegancia, su compañera. Un hombrecito enjuto, amable, serio, con los ojos alucinados, que se volvían dulces cuando se dirigían a la mujer que estaba a su lado; tenía una barbita resabiada y el pelo blanco que tendía a revolotear en todas las direcciones.

Creo que, de todas maneras, se sentiría a disgusto por el uso de su nombre que hacen los fascistas de hoy día. Era un hombre de gran cultura y, aun con retraso, entendió adónde iba la historia.

Pues bien, ¿te acuerdas?, durante la premiación llegaron unos jovencitos de Catania que empezaron a alborotar, insultándonos a todos nosotros. Tiraron a la mesa del jurado apio empapado que nos salpicó la cara y las manos y también unos hinojos. Ninguno de nosotros entendió qué querían. Al principio pensamos que la tenían tomada con Pound y con su pasado nazi. Pero luego vimos que se metían sobre todo contigo. Como era habitual, atraías la rabia y la ira de los biempensantes, incluso la de los jóvenes revolucionarios del 68.

Fue desagradable, aunque luego nos riéramos. Pound no parecía impresionado. Estaba parado, rígido y callado, como si su espíritu hubiera salido de su cuerpo dejándolo vaciado. Nosotros intentábamos entender qué es lo que indignaba tanto a aquellos chicos en un premio que, entre los que íbamos a galardonar, tenía libros de Vincenzo Consolo, Giuseppe Bonaviri, Raffaele Nigro, Stefano D'Arrigo, Mario Grasso. Todavía hoy no sé contra qué protestaban: alguien dice que eran jóvenes fascistas, otros que eran contestatarios de izquierdas. Nunca se llegó a saber.

Querido Pier Paolo:

es curioso que tu presencia en mis sueños sea la llave de paso de un río de recuerdos y de pensamientos que no tienen ganas de ponerse en fila y formar un cuadro ordenado y fijo, sino que se desparraman por todas partes. No sé si son tus apariciones en mis sueños las que dan esta huella vaga y nebulosa a mis pensamientos o si la idea de escribir esta memoria me lleva a hacer líquidos y fluidos los pensamientos.

Cuando Roberto Cotroneo me pidió un libro de memorias sobre ti, le dije inmediatamente que no. Ya se ha escrito mucho sobre tus libros, sobre tu persona, Pier Paolo, y además no quería abrir la preciosa caja secreta de nuestros recuerdos en común, por el miedo de verlos desvanecerse, pero también por el pudor de exponerlos al público. Pero, cuando por enésima vez viniste a verme en un sueño inesperado y no conseguí dirigirte una palabra por tu súbito desvanecerte, me dije: quizá pueda hablarle por fin sin el ansia de la fuga. Podré adentrarme en ese misterioso sendero en medio de los bosques de los recuerdos que tantas veces he empezado a trazar, y del que siempre me he echado atrás, al final, asustada por la fuerza de esos lugares recónditos e inaccesibles que Jung llama «nuestra interioridad».

Todo empezó casi un año después de tu muerte.

Una noche oí el sonido de los tacones de tus botas de gaucha en el tejado de mi casa de Roma. Eran las mismas pisadas que percibía en la casa de Sabaudia, cuando caminabas de un lado a otro de tu estudio, que estaba encima del rincón de la salita de estar donde yo escribía, cara al mar. Siempre he necesitado una

ventana abierta en la que hundir la mirada en los momentos de pausa de la escritura, aunque lo ideal para escribir sea recibir la luz por detrás y no de frente, porque te ciega. Para mí, en cambio, es importante sentir un espacio libre ante mis pensamientos. Una pared me paralizaría.

Tus pasos me decían que habías vuelto de una noche de aventuras y me quedaba tranquila. Alberto y yo nos levantábamos temprano. Tú, cuando no estabas obligado por los horarios del cine, solías trasnochar y por la mañana dormías.

La noche en la que oí tus tacones en el tejado de mi casa romana, me levanté, abrí la puerta ventana que da a la pequeña terraza, me encaramé por la empinada escalerita de hierro que sube hasta la azotea del edificio y allí, bajo una luna no llena pero luminosa y cómplice, te vi paseando de un lado a otro.

Estaba tan sorprendida de verte que no pude despegar los labios. Te miré como se mira a un fenómeno –en términos religiosos se diría un milagro– y fui feliz cuando sacaste una voz humana y me dijiste:

–Lo sabes, Dacia, quiero volver a trabajar. Tengo en la mente un espléndido argumento para una película. Pero estos no quieren darse por enterados.

–¿Estos quiénes? –pregunté, y tú me indicaste un grupo de sombras que estaba a un lado.

Las sombras se adelantaron y aparecieron cuerpos de personas que conocía: Gino, Mariuccio, Faustino, tus técnicos habituales, que te seguían a todas partes.

–Intenta convencerles también tú –seguiste, y yo, empujada por tus palabras vivas, me disponía a persuadirles, cuando uno de ellos se me anticipó declarando con cierto vigor–: Pero es que no puede trabajar, Dacia, dile que está muerto y que no puede trabajar.

Yo, sin embargo, no quería ofenderte revelándote una verdad que evidentemente ignorabas y te miraba con perplejidad intentando ganar tiempo. ¿Qué debía hacer?

Pero tú, como si adivinaras mis pensamientos, te me adelantaste:

—Ya sé que estoy muerto, esta muerte me ha hecho perder años de trabajo, pero ahora vuelvo a la vida y quiero volver a rodar películas.

Veía que los técnicos se consultaban entre ellos, rezongaban y parecían reacios, nada propensos a darte crédito. Yo me sentía muy tensa entre el disgusto de tener que recordarte que estabas muerto y la alegría de volver a verte vivo. Estabas tan seguro de ti mismo, Pier Paolo, que me convencías de tus razones.

Pero justo cuando iba a replicar con energía a los titubeos de Mario, Giorgio y Faustino, una nube gris cubrió la luna y tú desapareciste, y desaparecieron también los técnicos, y yo me desperté sin aliento y jadeante.

Y mira: como una pelota que rebota en la pared de frente y vuelve hacia atrás con un salto alegre, me ha vuelto a la memoria un recuerdo preciso de un alba en la ciudad de Jartum. ¿Qué mes era? Quizá enero. Un mes seco, en el que los arroyos en África se retiran y la tierra se vuelve seca y roja. Recuerdo que aquella mañana de un enero caliente y abrasador fui a despertarte a las cinco porque el Land Rover nos estaba esperando para llevarnos a setenta kilómetros de distancia. Tú abriste la puerta con la cara rendida por el poco sueño y yo me sentí culpable, aunque hubieras sido tú quien había decidido salir pronto para no sufrir el calor.

Detrás de tu cara desacomodada por el despertar, estaba la habitación oscura, que olía a tu cuerpo. Conocía bien ese olor: me confirmaba que eras tú con todo tu ser y con tu secreta vida nocturna los que se asomaban a aquella puerta.

Era un olor a boca amarga pero también a jabón de violeta y a un *after shave* con aroma de tabaco. Tú no fumabas, pero esa ligera nota de tabaco te gustaba y a menudo te lo percibía encima. El tabaco fresco, recién picado y secado al sol tiene una esencia sutil, dulce y amarga al mismo tiempo, vagamente acre que te hace pensar en prados quemados y barridos por un viento tropical.

Te había despertado bruscamente y te alejaba de aquella oscuridad tranquilizadora. Aquella vez me pregunté si, en el fondo de tus deseos, no estaría el de regresar a la confortante oscuridad

del vientre de tu madre para acurrucarte, como hacías algunas veces presa de los dolores de la úlcera, y buscar la paz del cuerpo.

Pero no protestaste. Ni siquiera torciste el gesto como habría hecho cualquier otra persona a la que molesten en su sueño restaurador. Eras tan dócil, Pier Paolo, tan sumiso, que cada vez me dejabas sin palabras. Nunca te oí pronunciar una palabra rabiosa, o te vi hacer un gesto de enojo.

Ni que decir tiene que la gente tenía de ti una idea distinta. La mayoría te veía como un hombre rencoroso, rígido, feroz en tus indignaciones y en tus cóleras ideológicas. Y en parte era verdad. Pero solo cuando escribías o tomabas la palabra en un discurso público. Tú querías provocar y se te daba muy bien suscitar cóleras, irritaciones y reacciones rabiosas. Estabas contento cuando conseguías provocar furias viscerales y urgentes deseos de venganza. Creo que esa rabia social tuya era la responsable del odio que levantabas. Y, aun así, en tu relación con tus amigos, en tu vida privada, eras el hombre más paciente, dócil, manso, que yo haya conocido jamás.

También aquella vez en Jartum, al abrir la puerta y asomarte con el rostro arrugado por el sueño, mientras me asaltaba el olor a violeta, a tabaco y a boca amarga, me sonreíste tiernamente y me dijiste con tu voz suave de siempre y el acento friulano que nunca te abandonó:

—Sí, ahora voy, Dacia.

Luego aguardaste, con infinita paciencia, a que me alejara, para no cerrar demasiado rápida y bruscamente la puerta a mis espaldas. Ya, eran esos gestos solícitos los que me llenaban de ternura y hacían que creciera mi afecto por ti. Tu delicadeza y gentileza de espíritu me conmovían.

Aquella noche que desapareciste de mi terraza romana después de haber insistido con tus colaboradores para retomar tu cine, me di cuenta de que por el suelo de baldosines azulados corría una salamanquesa. Era la misma salamanquesa que había descubierto cuando te vi en sueños la vez anterior y dejaste en el suelo tu chaleco color magenta. Son las salamanquesas que viven entre mis plantas y se esconden en cuanto me acerco, como haces tú en mis sueños.

Ese animalito me ha hecho recordar un bellissimo cuento que está en la *Mariposa de Dinard*, en la que Eugenio Montale escribe de un pequeño ser que corre por las paredes, que entra en su habitación, a quien habla como si fuera su padre. Para ser sincera, Pier Paolo, no sé si el cuento lo escribió de verdad Montale o si he sido yo la que me he imaginado que lo escribió, pero no he querido comprobarlo porque me gustaba la idea de que él hablara con su padre encarnado en una salamanquesa.

Tú sabes que he sacado unos pequeños textos teatrales de los cuentos de Montale y en uno de ellos él refiere de un viaje por Francia, y de una noche en la que él y su mujer se encontraron con un murciélago en su habitación. El gran Eugenio, con gestos de caballero en guerra, se puso a ahuyentar al animal braceando y empuñando la toalla como si esgrimiera una espada. Pero todos los intentos fracasaron. Entonces, habiendo claudicado, se decidió a llamar al portero de noche. Lo que pasó es que cuando consiguió localizarlo por teléfono después de largas esperas, el hombre no se acordaba ya de cómo se llamaba el murciélago en francés. Y aquí el diálogo entre el portero medio dormido y el poeta caballero se vuelve cómico en su imposibilidad de comunicarse.

¿Cómo se dice murciélago en francés? Montale lo recuerda solo tras una noche insomne, cuando el pequeño ratón alado por fin se ha ido por la ventana: «Se llama *chauve-souris*» dice con un suspiro de alivio, como sucede cuando olvidamos una palabra y esta vuelve maliciosamente cuando ya no nos sirve.

Pues bien, la pequeña cadena de los signos simbólicos nos ha vuelto a vincular la noche al día. Una salamanquesa, un murciélago, una mosca, un león, la memoria está hecha de asonancias y remisiones.

El león tiene que ver con aquella vez que, en el set de *Las mil y una noches*, el protagonista del relato tenía que caminar junto a una magnífica fiera con una densa melena. Ninetto Davoli, que ama jugar y pensaba poderlo hacer también con el león alquilado, sintió, cuando menos se lo esperaba, que el león se le echaba encima, se aferraba a sus hombros, y hundía sus garras en su cuello. ¿Te acuerdas del miedo de aquel momento? Parecía

de verdad que el león iba a darle una dentellada al pobre Ninetto.

El miedo paralizó a los que asistían a la escena, aunque la cámara siguió rodando automáticamente. Los técnicos, asustados, no sabían si intervenir o no. ¿Pero dónde estará el domador, el propietario de la fiera? Cuando por fin llegó, explicó que el león no quería hacer ningún daño, solo quería seguir jugando al juego que había empezado Ninetto, pero a su manera, sin tener en cuenta las zarpas que tenía.

Tú nunca tuviste animales, Pier Paolo, aunque te atraían y fascinaban. El hecho es que un gato, un perro, incluso un hámster en una jaula, necesitan cuidados y tú, ¿cómo habrías podido conciliar tu vida de viajero y de vagabundo nocturno con el cuidado de un animal doméstico? Aun así, despertaban tu ternura. Recuerdo cómo te inclinabas a acariciar a mi pequeño chucho *Mulino* y cómo te divertías cuando, después de correr en círculo, se tiraba al suelo con aire rendido y jocoso.